

nos que no fueran propicios á sus intereses; para seducir á las vírgenes, corromper á las casadas y fanatizar á las viudas ricas, para conseguir, por este medio, que dejaran sus bienes á la iglesia; para arreglar matrimonios siempre que éstos ofrecieran una expectativa á sus codiciosas miras, ó impedirlos si nada podían prometer á su avaricia; para que viniesen á su conocimiento hasta las más recónditas poriedades de la vida doméstica, y en fin, para consolarse de la tiranía del celibato, impuesto definitivamente por el asesino y concubinario Gregorio VII, cuya memoria celebra la Iglesia el 25 de Mayo, sostenido por sus sucesores, y confirmado, para regir hasta hoy, por el concilio de Trento celebrado el año de 1563.

Como no es posible leer, sin que se suba la sangre á la cara, las inmundas elucubraciones de los guías de confesores compilados por el obispo Burchard, la «Llave de Oro» del padre Claret, obispo *in partibus*, y las obras de los casuistas Sánchez, Suárez, Escobar, Oliverio, Mayard, Vázquez, Benedicto y otros, que en las preguntas dirigidas á los penitentes y en la apreciación de las circunstancias que hacen más ó menos grave el pecado de incontinencia, rivalizan en corrupción y desvergüenza, nos abstenemos de expresar sus opiniones, sin perjuicio de advertir á nuestros lectores que: quien tenga bastante valor para ver una pequeña muestra del género de interrogatorios que hacen los santos confesores á los penitentes, puede ocurrir á la obra titulada: *El Citador de la Biblia*, publicada por A. Beraud en 1874, y podemos asegurar desde ahora al jefe de familia que esto hiciere, que en toda su vida volverá á permitir que su esposa é hijas vuelvan ni á saludar á un monigote.

---



---

### CONTRA LA ADORACION DE LAS IMAGENES.

---

L recorrer las páginas de la historia se vé, pero se hace imposible creer, que por medio de un ciego fanatismo hubiera podido llevar la casta negra, abusando de la sencilla credulidad de los primitivos tiempos del cristianismo, á su ignorante rebafío hasta la más inconcebible aberración, haciéndolo aceptar como verdades los más groseros embustes; las patrañas más incalificables, y que se acostumbrase á ver como bajados del cielo, los más repugnantes absurdos, impuestos de propia autoridad por una pandilla de especuladores sin conciencia, por una banda de fariseos que trás la asquerosa máscara de la hipocresía, al mismo tiempo que predicaban la práctica de las virtudes, aflaban el puñal, levantaban la cruz y encendían las hogueras para sacrificar á sus hermanos en nombre de un Dios de misericordia, de un redentor que había entregado su vida sin murmurar y de una religión que sólo tuvo en boca de su fundador palabras de paz y de consuelo para cuantos á él acudían, así como de perdón para sus más crueles perseguidores.

Queremos hablar en esta carta de la adoración de las imágenes que se veneran en los templos católicos; pero antes diremos, una vez por todas, á los escritores

católicos, para quitar el pretexto con que creen ó afectan creer que destruyen nuestras afirmaciones, que nada de cuanto hemos dicho tiene mérito de originalidad, que nada es nuestro, que no tenemos pretensiones de sabios, de literatos ó filósofos, y por consiguiente, todo cuanto forma el contenido de nuestras cartas lo hemos tomado de los libros que han escrito los bienhechores de la humanidad y de la misma manera continuaremos nuestro laborioso empeño, sin otra aspiración que la de llevar en nuestra alma la conciencia de haber hecho un bien á los que, leyendo nuestras cartas, dejen el negro camino del error católico, para seguir el del cristianismo puro, en el que no hay templos, ni frailes, ni prácticas carnalescas, sino única y sencillamente dos mandamientos: 1.º Amar á Dios sobre todas las cosas y 2.º Amar al prójimo como á sí mismo. De estos dos mandamientos, dijo el Salvador: «*Esta es la ley y los profetas.*»

Aspiramos también á otra cosa como recompensa de nuestro trabajo, y nos atrevemos á esperar de los caritativos escritores católicos que harán valer todos sus generosos respetos para con Don Opas y aún para con el santísimo Maquiavelo destronado, ó tronado rey de Roma, que es lo mismo, que haga el inmenso servicio de fulminar contra nosotros una excomunión tan grande, tan grande, que al siguiente día no se encuentre en nuestra cama, en lugar de nuestra pobre humanidad, otra cosa que un horrible mono de carbón. Con esta gracia, con tan distinguido favor, alcanzaremos dos ventajas, siendo la primera la de no ver ya las iniquidades que comete el clero con el infeliz pueblo, víctima de su insaciable rapacidad, á favor de la inmerecida tolerancia que se le dispensa, y la segunda, la de ver, si es que se puede ver desde el otro patio, que nuestras cartas, que hoy no hay quien quiera leerlas de

balde, subirán de estimación hasta valer un duro cada una de ellas, y en este caso *El Combate* que hoy es hebdomadario vendrá á ser diario.

Es para nosotros una ilusión tan grande merecer una excomunión mayor, que casi hemos llegado á los límites de esta carta sin abordar la materia que nos hemos propuesto tratar en ella; pero nada importan los largos preludios si el asunto merece la pena.

Los primitivos cristianos veían con horror la adoración de las imágenes, y discutiendo con los enemigos de la nueva religión, condenaban este error en los antiguos sabios, y reprochaban á los paganos, sirviéndose de las palabras de San Pablo en su epístola á los romanos (cap. V, v. 22.) «*Que trasferían el honor que no se debe más que al Dios incorruptible, á la imagen de un hombre corruptible,*» y según refiere (Lactancio *De divina instit.* lib. 2, cap. 2) no cesaban de repetir: «*Nos está prohibido expresamente hacer una representación de lo que está en el cielo. Prosternarse ante las imágenes de Jesucristo sería imitar la idolatría de los gentiles.*»

El año de 300, según unos y á principios del siglo cuarto según otros, se reunió el concilio de Elvira en el que tuvieron asiento 19 obispos y 26 presbíteros, y permanecieron en pie, mayor número de diáconos. Este concilio, al cual se le atribuyen 81 cánones penitenciales, en el primero impuso pena á los idólatras, en el 36 prohibió las pinturas aun en las paredes de las iglesias de todo aquello que se venera, y en el 45 impuso pena á los cristianos que toleraran ídolos en sus casas. Pero tres siglos después estaba tan extendida la idolatría ó la adoración de las imágenes, que los mahometanos se servían de los mismos argumentos que habían empleado Orígenes, San Clemente de Alejandría y San Epifanio, para combatir á la idolatría.

Heridos con tan merecidos reproches algunos prelados, lograron, empleando medios suaves y pacíficos, suprimir las imágenes en sus iglesias. Esto dió mérito al Emperador León III para dar una ley general para toda la cristiandad, aboliendo el culto de las imágenes el año 726. Esta ley prestó á Gregorio II la oportunidad de independerse del imperio; contestó con una bula de excomunión, absolviendo á los romanos del juramento de obediencia, y llamó á los lombardos en su auxilio, para resistir al exarca Pablo que marchaba sobre Roma.

Con esta imprudente rebelión papal, dió principio una espantosa carnicería, que duró muchos reinados; un emperador iconólatra reemplazaba á un iconoclasta y vice-versa, hasta el punto de que algunas emperatrices como *Irene* y *Teodora*, llevaron su celo por la ortodoxia hasta hacer que la primera mandara sacar los ojos á su mismo hijo, y la segunda enviara al suplicio de la cruz á cerca de cien mil titulados herejes.

Hé aquí una de tantas espantosas guerras y numerosas hecatombes provocadas por los HUMILDES SIERVOS de los siervos de Dios, y alimentadas por el ejército de bandidos de bonete que sirve á su capricho. Estos hechos que apenas forman una escena en el sangriento drama, cuyos protagonistas han sido los llamados vicarios de Dios en la tierra, se encuentran referidos en cien historias por escritores de cuya imparcialidad y buena fe nadie puede dudar; pero los asalariados de Don Opas, con la mala fe y desvergüenza que les es característica, contestarán como siempre: ¡mentira! ¡calumnias de los impíos! ¡imposturas de los enemigos de la religión! y así sale del paso la canalla.

---



---

### CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

---

NTENTOS siempre á las consideraciones que debemos á quienes nos favorecen leyendo nuestras cartas, dejamos iniciada solamente la historia del culto de las imágenes, para no hacer pesado nuestro trabajo, que continuaremos en ésta, sintetizándolo cuanto nos sea posible.

Mientras la espantosa matanza provocada con la rebelión de Gregorio II continuaba en Oriente con los más horribles detalles, mientras sufrían los más crueles suplicios millares de paulicianos y maniqueos, en Occidente se discutía sobre la ortodoxia del culto de las imágenes.

En el Concilio de Constantinopla celebrado el año de 754, bajo el imperio de Constantino Copronio, y al cual concurrieron 338 obispos, se declaró impío é idólatrico el culto de las imágenes. Los Concilios de Francfort de 794, y el de París de 824, se declararon en todo conformes con lo decretado por el citado de Constantinopla; pero á estos concilios se opusieron otros concilios, y aun en contra del papa Gregorio hubo otro papa Anastacio que despobló de las imágenes que estaban en adoración, en los altares de San Pedro de Roma. Cada Concilio y cada papatenía sus partidarios y la lucha continuó por mucho tiempo hacien-

do víctimas en ambos partidos, quedando al fin la victoria en favor del culto de las imágenes, por ser esto más propio para fanatizar y explotar la sencilla credulidad de los pueblos, como ha quedado hasta hoy, no obstante las doctrinas protestantes que arrebataron á los papas la mitad de la Europa y siguen conquistando adeptos en el nuevo continente.

En los primeros siglos del cristianismo no se encuentra testimonio alguno de honores atribuidos á los santos, porque santos eran llamados los cristianos, como puede verse en la salutación que San Pablo da á los de Colosia en su epístola. El papa Adriano en 880 fué el que primero instituyó los santos por la canonización de los muertos, aunque Gregorio I había dedicado iglesias é instituido fiestas en honor de los antiguos santos, que no eran otros que aquellos que habían merecido la apoteosis de los paganos, lo cual es una de tantas trampas católicas, puesto que con una ligera variante convertían los ídolos de los gentiles en santos del paraíso católico, y en comprobación de esta verdad tomamos algunos ejemplos citados por E. Lefebvre en su obra titulada «*Estudios filosóficos.*»

En Enero los griegos celebraban fiestas en honor de Mercurio, *Hermes*, y del sol, *Nican*, y el 10 del mismo mes tenemos á San Hermes y San Nicanor; en Febrero, bajo el calificativo de *Soter*, Salvador, y Apolo bajo el de *Eifobos*, y tenemos á San Sotero y San Efebo; el mes de Marzo era antiguamente el primero del año, y era costumbre entre los romanos enviarse felicitaciones bajo esta fórmula *perpetuam felicitatem*, dicha eterna, y en el martirologio tenemos el día 7 Santa Perpetua y Santa Felicitas; Baco, bajo el nombre griego de *Dionisios*, tenía dos fiestas, una en Abril y otra en Octubre, que eran seguidas de otra en honor del rey Demetrio, y el martirologio tiene un

San Dionisio el 8 y San Demetrio el 9; en el mes de Mayo se celebraban fiestas á Ceres *flava*, rubia, de Diana *pudeus*, púdica, y de Minerva del *palladium*; y en el mismo mes se encuentran inscritas las fiestas de Santa Flavia, Santa Pudenciana y Santa Paladia. Podíamos así continuar citando los nombres de los santos tomados del paganismo, aplicados al santoral católico y colocados en cada uno de los meses del año, pero para probar la mala fe clerical con esto basta.

A fines del siglo cuarto había ya tal abundancia de santos, que se hacía necesario una medida de represión, y los concilios 5º de Cartago en su Canon XIV, el de Constantinopla celebrado el año de 692, el de Liptines de 743 en su canon IV, el de Francfort de 734 y otros muchos, decretaron tanto la destrucción de capillas y altares en que se veneraban santos, de cuya autenticidad no hubiera pruebas bastantes, como contra todo género de supersticiones, que no tendrían número en aquellos benditos tiempos, cuando, no obstante haber trascurrido tantos siglos, causa verdadero escándalo ver lo que pasa sobre esto, aun en los países cuya antigüedad debía haber conquistado mayor progreso.

Si quisieramos formar un catálogo de la multitud de reliquias que se veneran en varias iglesias católicas, sería necesario salir de los límites, bastante estrechos, de una carta; pero para dar una idea, aunque sea muy pequeña, de lo que sobre esto pasa, tomaremos algunos ejemplos del catálogo que presenta Lefebvre, quien, además, protesta que, para edificación de los incrédulos, señalará cada uno de los lugares en que se veneran las reliquias que cita en su referido catálogo; dice así: San Erasmo 11 cuerpos, San Francisco de Paula 12, Santa Juliana 13 y 26 cabezas, San Pedro apóstol 16 cuerpos, San Pancracio 30 cuerpos y cosa de 600 hue-

sos, San Juan Bautista 30 cuerpos y 60 dedos, de los que veinte eran pulgares, etc., etc., y concluye con lo siguiente:

«Sin contar los cabellos de J. C., de Santa Margarita y de la Santísima Virgen,—un dedo del Espíritu Santo,—el sudor de los pies de San Nicolás,—leche de la Virgen, de Santa Bárbara, de Santa Catarina, y lo que es más extraordinario, de San Pantaleón y de San Pablo,—sangre de no sabemos cuántos santos que tiene la virtud de liquidarse en ciertos días del año,—un soplo de J. C,—el sudor de San Miguel cuando luchó con el dragón,—una pluma del arcángel San Gabriel y otra de San Miguel.»

¿Habrán quien pueda suponer siquiera que el aito clero, es decir, los archiladrones, desde el papa hasta el último obispo, ignoren la existencia de esa multiplicidad de ridículos instrumentos de pillaje conocidos con el nombre de reliquias? ¿Qué persona medianamente culta, si no está cegada por la venda del fanatismo, podrá desconocer que las apariciones de los santos no son otra cosa que inícuos trampantojos y tramoyas desvergonzadas inventadas por el clero, como se ha probado mil veces, para asaltar el bolsillo de su complaciente rebaño? ¿A quién se puede hacer creer que la virgen, bajo la falsa advocación de Guadalupe, tiene necesidad de otra corona que la que ya por sus virtudes tiene merecida? En todo esto no es posible ver otra cosa que la mano negra de bonete, lista siempre para el robo, sin reparar en los medios; pero el mundo marcha, cada día son mejor conocidos y al despertar el león dormido por el fanatismo ¡guay de la canalla!

---



---

### CISMA, SE TRATA DE SEIS PAPAS.

---

PARA quienes, no pudiendo negar los horrendos crímenes que forman la asquerosa historia del pontificado, se conforman con repetirnos la excepción de la estampilla aquella de que en el mismo apostolado hubo un Judas que vendió á su maestro y un Pedro que los negó, y creen ó afectan creer que ya dejan excusado y libre de todo reproche al numeroso catálogo de *infalibles* malhechores que han ocupado el trono pontificio, y para quienes el fanatismo y la fe ciega en los embustes clericales, hacen ver en cada sátrapa de tiara un santísimo padre, un vicario de Dios en la tierra, nos proponemos escribir esta carta que, aunque dirigida á usted, su bondadosa deferencia hará que, como nuestras anteriores, vea la luz pública en su muy acreditado periódico.

Hablar de un papa, dibujándolo con todos sus pelos y señales, no carece de interés para quienes ignoran lo que ha sido ese canalla; pero el que ofrece esta carta será mayor, porque en ella nos ocuparemos, no de uno, sino de seis á la vez, aunque nos será difícil hacer caber tantas fechorías en tan corto espacio. Probemos.

Teofilacto, miembro de la poderosa familia de los condes y marqueses de Toscanella é hijo del conde

Alverico, fué, por la influencia, las intrigas y el dinero de sus parientes, exaltado al trono pontificio, cuando sólo contaba doce años de edad. ¡Hé aquí un *infalible* de doce años!

Este niño, consagrado bajo el nombre de Benito IX, no había cumplido 18 años cuando el pueblo romano cansado de sus criminales abusos, lo arrojó de la ciudad eterna; pero Conrado II, aliado en política con los señores de Toscanella, lo repuso en el trono papal.

Tan elocuente lección como la que había recibido Teofilacto, en nada absolutamente modificó su criminal conducta; lejos de eso, según refiere el cardenal Benno, citado por la Chatre, empleaba sortilegios y maleficios, propinaba á sus queridas filtros encantados que las hacían enamorarse de él perdidamente; hacía sacrificios en honor del diablo, y asistía por la noche á las asambleas que celebraban los mágicos en las selvas.

Este papa se hizo tan odioso para los romanos por sus robos, violaciones, asesinatos y excesos de todo género, que por fin, doce años después, lo arrojaron por segunda vez de la ciudad *santa*.

Expulsado Benito IX compró su elección el obispo de Sabina, digno émulo de su antecesor, y se consagró bajo el nombre de Silvestre III. Entretanto, Benito IX, ayudado por sus parientes de Toscanella, sembraba el terror y la desolación en toda la circunvalación de Roma, cuyos campos recorrían partidas de malhechores armados que segaban las mieses, robaban, incendiaban y asesinaban sin piedad á cuantos encontraban á su paso. Tres meses habían trascurrido solamente, cuando los romanos, para contener los robos, incendios y matanzas cotidianas, se vieron obligados á abrir las puertas de Roma á este indigno sacerdote.

Poco tiempo después su incorregible perversidad

ocasionó otro nuevo motín, y para ponerse á salvo de la ira popular, resolvió renunciar al gobierno de la iglesia, no sin imaginar el medio de sacar algún partido de una renuncia que le arrancaba la necesidad, y para ello se propuso vender la tiara, la cual fué comprada por un sacerdote llamado Juan, en quince mil libras de oro, y este nuevo papa tan criminal como Benito, fué consagrado por éste bajo el nombre de Juan XX, retirándose al castillo de su padre.

Silvestre III, que había sido criminalmente electo, quiso reivindicar el derecho que creía tener al pontificado, y entrando á Roma se apoderó del Vaticano, que defendió con esfuerzo contra las tropas de Juan XX.

Benito XI, á su vez, habiendo derrochado el precio de su infame venta, intentó la readquisición de la tiara, se proporcionó tropa, entró á viva fuerza en Roma, se apoderó del palacio de Letrán y arrojó de él al papa Juan, consagrado por él mismo.

Roma fué entonces víctima de tres soberanos bandidos, de los que uno tenía su silla en San Juan de Letrán, otro en San Pedro y el tercero en Santa María la Mayor, é instalados así estos tres *vicarios infalibles* hicieron un pacto para repartirse los despojos de la infeliz Italia y el patrimonio de los pobres.

«Los escritores contemporáneos, dice la Chatre, afirman que estos tres diablos desencadenados del infierno, se reunían cada noche para celebrar orgías con sus favoritos, y que escandalizaban á Roma con adulterios, homicidios y robos.» Conducta semejante debía tener forzosamente un término, y sucedió que cuando esta trunca de Gestas de tiara había agotado los tesoros de San Pedro, convinieron en vender en pública subasta el trono apostólico.

Un rico sacerdote, llamado Juan Graciano, fué el mejor postor, y por consiguiente el remate se fincó en

su favor, con la conveniente solemnidad, revestidos los tres comerciantes con los hábitos pontificales, ante un altar en que muchas bujías alumbraban la imagen de Jesucristo. En seguida este nuevo antipapa fué consagrado por sus criminales factores, bajo el nombre de Gregorio VI. Pero este bandido, á ejemplo de sus predecesores, ejerció todo género de violencias excomulgando y asesinando al pueblo en masa, hasta merecer que su mismo clero, desaprobando tantas barbaridades, le negara la obediencia.

El emperador Enrique, el Negro, cansado de las quejas de muchos cardenales y de los más prominentes prelados de la iglesia, convocó un concilio para juzgar á Gregorio VI. La reunión tuvo lugar en Lombardía, y en ella se decretó la deposición del papa por haber sido convicto de haber comprado la tiara.

En seguida fué electo papa el sacerdote Suidger, bajo el nombre de Clemente II, que murió en Alemania nueve meses después de su exaltación.

Sabido esto por Teofilacto, que se había refugiado en Pésaro, reunió algunos soldados, se apoderó de Roma y del solio pontificio por cuarta vez, apareciendo de nuevo con este zascandil y abominable pederasta el homicidio, el saqueo, la simonía, el adulterio, el incesto y todos los crímenes; pero ocho y medio meses después abandonó á Roma temeroso del emperador.

Fué electo en seguida papa el obispo Poppon, bajo el nombre de Dámaso II, y 23 días después de su elección murió envenenado por Benito IX, que ocupó por quinta vez la silla pontificia.

Que vengan ahora los sacristomos con la embajada de Judas y de San Pedro: si les ha quedado alguna vergüenza, que salgan á la palestra en defensa de la sucia bandera que los abriga, que ya preparamos nuevas preciosidades con que obsequiarlos.

---

### EL AÑO DE MIL; CONDUCTA DEL CLERO.

---

¿Qué necesidad tendríamos de traer á nuestra memoria asquerosos recuerdos, ni de registrar las negras páginas de la historia del pontificado, para probar el agresor discolismo, la desentrenada ambición y la sed insaciable de tesoros de los zascandiles de tiara, de mitra y de bonete, cuando hoy mismo, en un siglo que ha conquistado tantos progresos, en que el supremo regulador de las sociedades cultas es el examen filosófico y concienzudo de todas las teorías y aun de todos los hechos, cuya brutal argumentación no tiene réplica posible? ¿Qué necesidad, tendríamos, repetimos, de ocurrir al pasado, cuando en el presente, con una desvergüenza que raya en osadía, en medio de una nación que marcha á la vanguardia de la civilización se insulta el buen sentido con una virgen aparecida en Lourdes, y cuando entre nosotros se apela al frívolo y hasta ridículo pretexto de coronar á una pintura como otra cualquiera, pues no es otra cosa, únicamente con la mira de procurarle enemigos á nuestras instituciones fanatizando á los pueblos, y amontonar por este medio tesoros sobre tesoros á expensas de los que hasta hoy no han podido emanciparse de la degradante tutela clerical?

Sin embargo, como nuestros débiles esfuerzos tie-